

Desarrollo emocional y aprendizaje

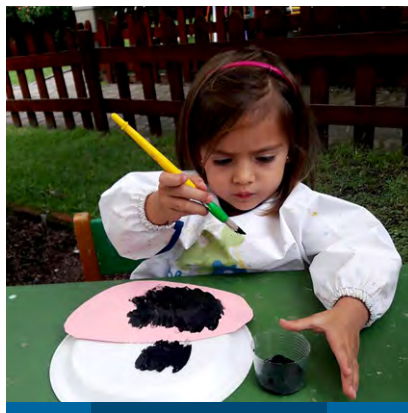
Por: Daniela Moreano
(danielamoreano@yahoo.com)

Un aula en silencio es una aula que no aprende, lo dijo un profesor mientras analizábamos técnicas de manejo de clase. Recuerdo claramente un día en el que la frustración invadía mi mente por completo: mi clase, por el contrario, había sido un desastre total. Claro, eso fue lo que vieron mis ojos; literalmente, todo volaba.

Hoy en día es diferente, y ha sido necesario comprender que una de las características principales de nuestras aulas es que son heterogéneas. Absolutamente todos nuestros estudiantes tienen su propia manera de aprender, de comunicarse y, especialmente, de sentir. Debemos tomar en cuenta que los aprendizajes que se generan en el espacio educativo también dependen del estado emocional de nuestros estudiantes.

Alguna vez nos hemos preguntado ¿por qué reaccionan de esa manera? ¿Por qué el grito? ¿Por qué la agresividad? ¿Por qué no me hace caso? Cuántas veces hemos tenido estudiantes que, con toda la capacidad de hacer algo, no lo hacen, y con ellos, cuántas veces hemos hecho juicios de valor diciendo, ¿no lo quieres hacer?

Pienso que es ahí donde nuestra verdadera labor entra en juego. Más allá de que exista o no algún problema de conducta, de aprendizaje, o alguna situación de vulnerabilidad, debemos preguntarnos qué pasa con nuestros estudiantes. ¿Acaso es necesario solicitar un diagnóstico o recurrir a una etiqueta?



Hace algunos años en el aula de clases, uno de mis estudiantes con trastorno del espectro autista empezó a lanzar sus materiales. Por primera vez no quise detenerlo. Dejé que se desahogara, poniendo atención a lo que decía. Por primera vez pude entender que su reacción no había sido contra mí sino contra lo que yo representaba en ese momento.

Durante su crisis él dijo frases con relación a su familia, que hasta ese momento habían pasado desapercibidas. Empezamos a trabajar con él a partir de lo emocional. Por supuesto que le dábamos importancia a lo académico, pero también nos enfocábamos en su desarrollo emocional. Más allá de tener resultados asombrosos en sus procesos de aprendizaje, encontré lineamientos que marcarían no solo mi desarrollo profesional sino el personal.

Más de una vez leí que el área emocional es importante en el desarrollo de aprendizajes, pero fue esa vez que comprendí que para formar aprendizajes se debe fortalecer lo emocional. Es complicado, como docentes, entender a nuestros es-

tudiantes. Normalmente estamos obligados a cumplir con una planificación, un cronograma, actividades específicas; sin embargo, he aprendido que al final del día los dueños del aula son mis niños y yo. He aprendido a perder un poco el control; que si no se llega a cumplir con algo habrá tiempo para hacerlo después, pero sobre todo aprendí que toda reacción que tuvieran mis estudiantes no sería contra mí, o mi espacio, o mi materia, sino contra aquello que en ese momento representa para él.

A partir de ese momento mi práctica docente cambió radicalmente. Busco la excelencia académica partiendo del área emocional, valorando cada uno de sus logros aunque sean pequeños, encontrando herramientas que los lleve a alcanzar sus metas y que las sientan propias. Genero el espacio para que aprendan de sus errores, para que no se avergüencen de ellos e intenten la manera de corregirlos. Siento que ser maestra es un verdadero privilegio. Llegar a cada una de esas vidas y ser testigo de sus logros no tiene precio.

